

Micrón, Rotón y los cuetes

Miguel Ángel
Izquierdo
Sánchez

Erick
Román
Martínez



Micrón, Rotón y los cuetes

Autor: Miguel A. Izquierdo Sánchez

Ilustrador: Erick Román Martínez

Derechos reservados, México, 2022

La redacción de este cuento forma parte de las actividades que realizo en favor de la lectoescritura, dentro de mis responsabilidades académicas en la Universidad Pedagógica de Morelos, línea Educación, Arte y Cultura.

Me complace presentar a Erick, adolescente ilustrador, que con este cuento se inicia como tal en el género.

Recibiremos gustosos sus comentarios en nuestros correos: izquier1953@gmail.com

Autosemblanza del ilustrador [Erick Román Martínez](#):

[La mayor parte del tiempo dibujo y me gustan las manualidades, la naturaleza, la música y soñar despierto.](#)

[e-mail: eroman050909@gmail.com](mailto:eroman050909@gmail.com)



Micrón, Rotón y los cuetes



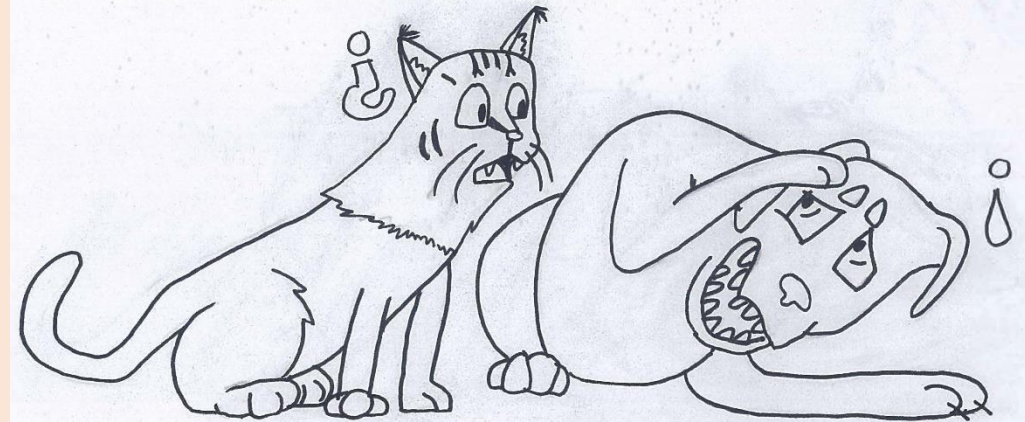
Micrón era un gato casero, pero no por eso se le quitaba lo viajero. Le gustaba salir a pasear por las casas vecinas de vez en cuando. Aquella tarde, todavía inquieto por los cuetes que tanto le habían molestado por la mañana, salió a preguntar a sus vecinos cómo se las arreglaban para aguantar ese ruido insoportable que lastimaba sus oídos.

Lo primero que se le ocurrió fue pasar de visita con Rotón, un enorme y fiero rottweiler, que vivía a dos casas de la suya, y que por su imponente figura le hizo pensar que él sí sabría cómo protegerse de los cuetes. Así que le preguntó, después de saludarlo:

—¿Tú qué haces cuando truenan esas bombas que llaman cuetes?

El enorme gigante con tan sólo escuchar la palabra cuetes, se encogió, tapándose las orejas, como si estuvieran a punto de tronarlos, y esperó sin responder.

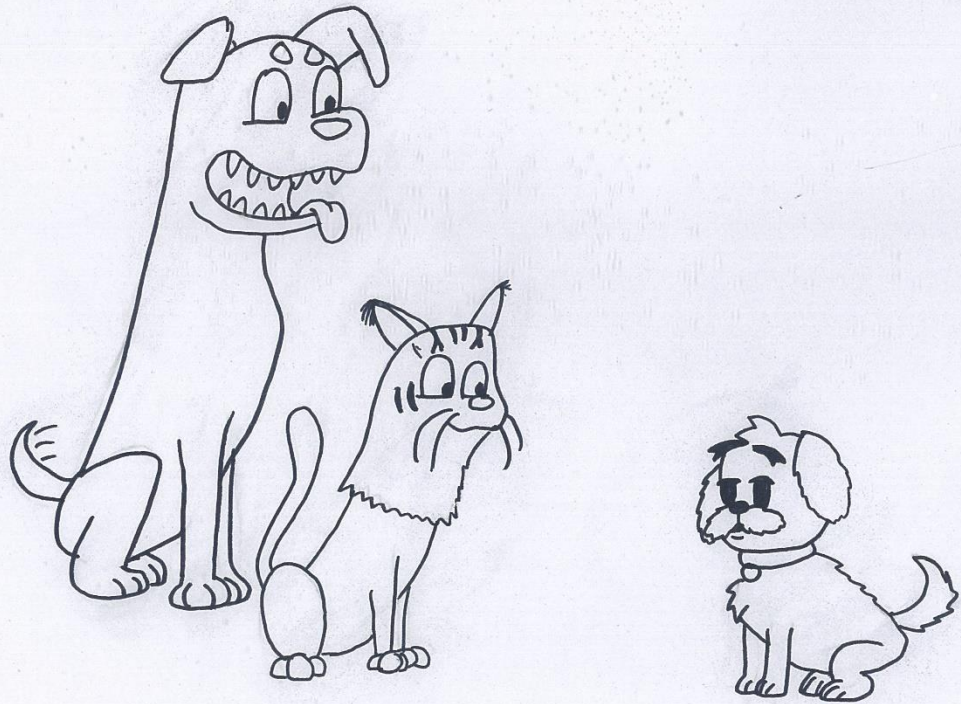
—¿Qué haces, Rotón? ¡No te asustes, no están tronando. Tan sólo te pregunté qué haces cuando truenan —comentó Micrón, con cierto dejo de burla.





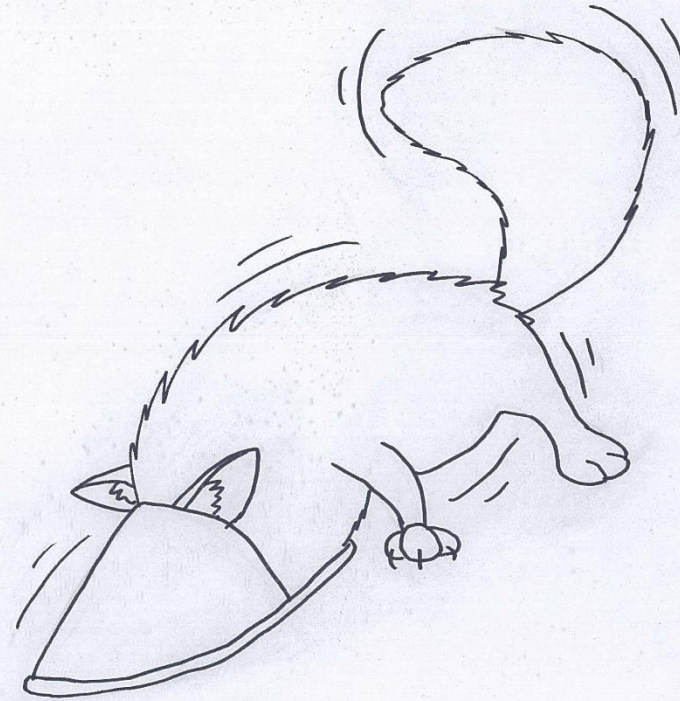
Rotón volteó a todos lados, como queriendo confirmar si Micrón decía la verdad, y ya reconfortado, al no escuchar esos brutales ruidos, le contestó:

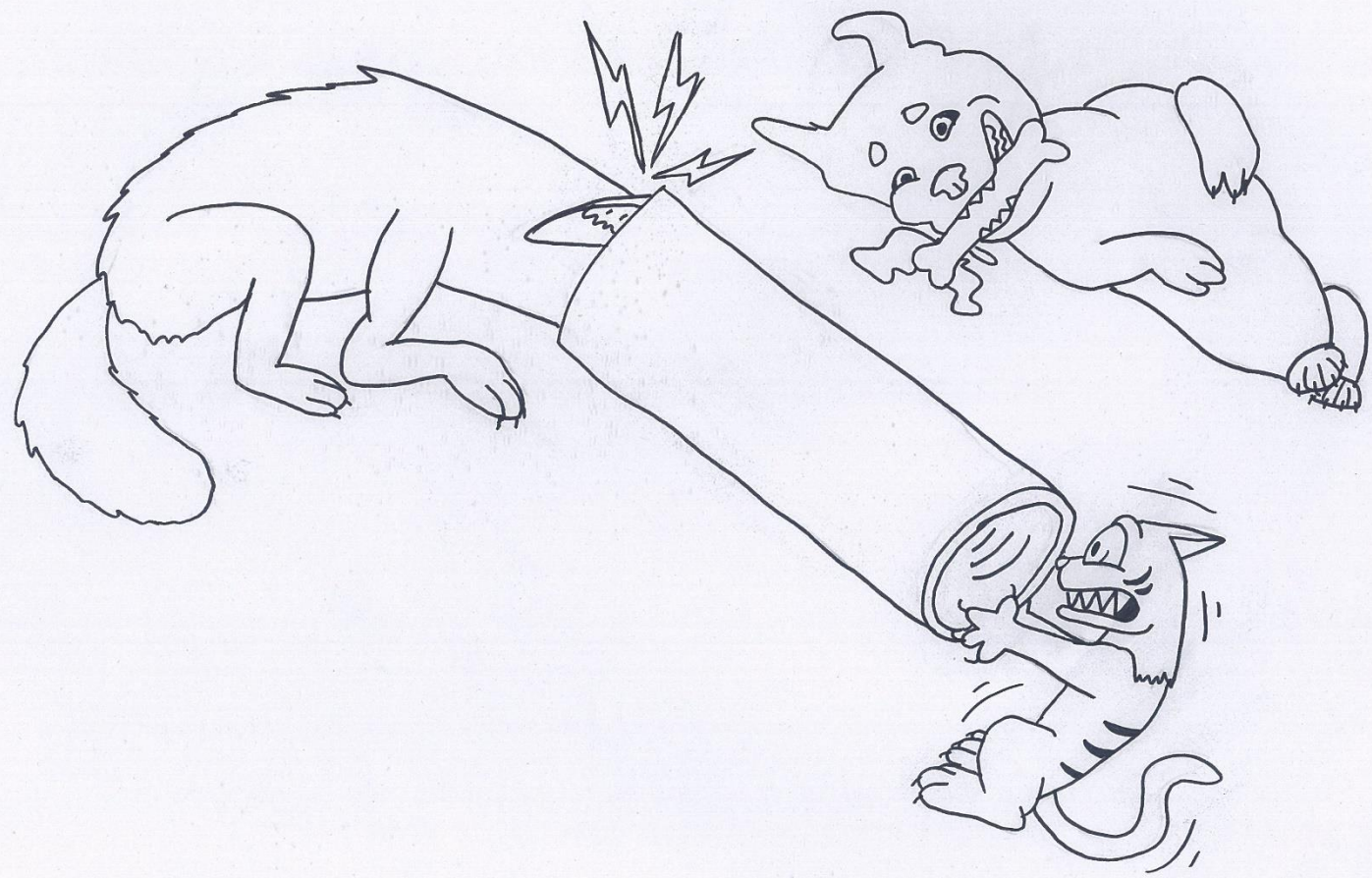
—¡Ah, Micrón! En esos casos me escondo de inmediato donde pueda, debajo de la cama, o en el baño, o detrás de los sillones, lo que esté más a mano. ¡No soporto los cuetes! ¿Y tú, qué haces, Micrón?



— Pues, yo también corro a esconderme, cubriéndome las orejas, pero me han dicho que las mascotas hacen hasta lo imposible intentando evitar esos bombazos. Algunos se meten en tubos de drenaje y luego ya no los pueden sacar de ahí, otros se meten en pozos o en norias, y a veces se ahogan, otros se avientan desde los techos, tratando de huir y acaban muy lastimados. ¡Deberían hacer unos escondites donde no peligráramos cuando tiran cuetes! O mejor, las personas deberían prohibir los cuetes ensordecedores, tanto por ellas mismas, como por sus cachorros y por los animales de este mundo, que no pueden protegerse del daño que tanto hacen. ¡Qué injusto! Pero no, a la gente parece no importarles lo que nos pasa.

Así estuvieron quejándose sin hallar solución a su problema, cuando Micrón propuso ir a preguntar a las mascotas vecinas qué hacían en tales casos, a la mejor podían aprender algo de ellas, que les protegiera de los escandalosos tronidos.





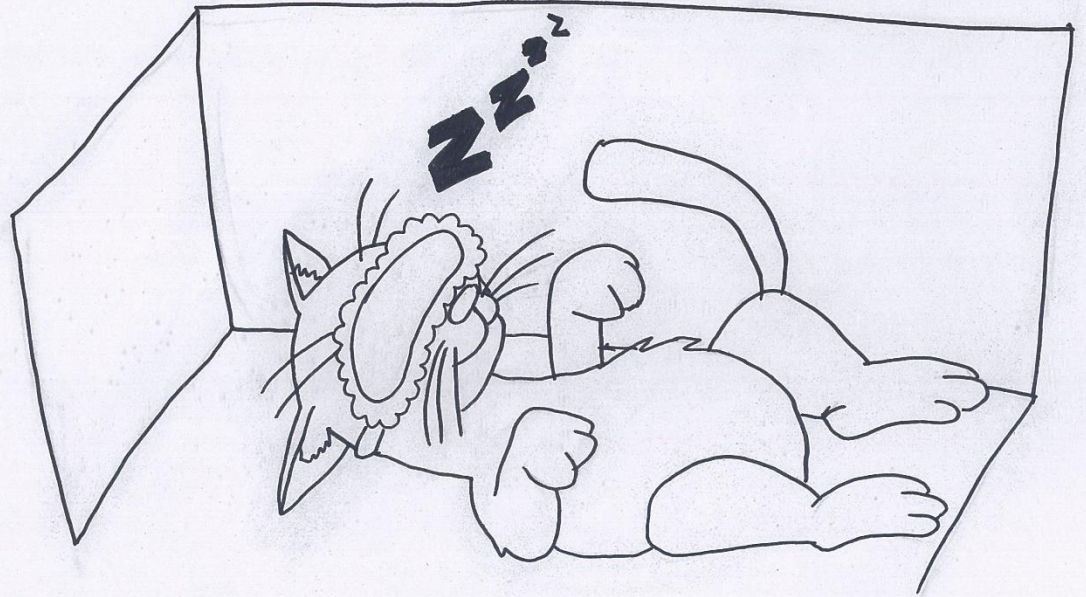
—Vamos —contestó Rotón— quizás ellos nos den el mejor remedio.

Salieron al vecindario, preguntando a cada una de las mascotas de las casas, qué hacían cuando las personas bombardeaban con cuetes. Esto les fueron contestando:

—Yo me meto entre las cobijas de la cama de mi dueña —contestó Chito, un miniperro Bichon frise, que tenía el privilegio de vivir incluso en su recámara.

—Yo, en cambio, meto mi cabeza en un tubo del que bajan las aguas de la lluvia, pero a veces tienen que venir a sacarme de ahí cuando estoy muy cachetón —contestó un perro pastor alemán.

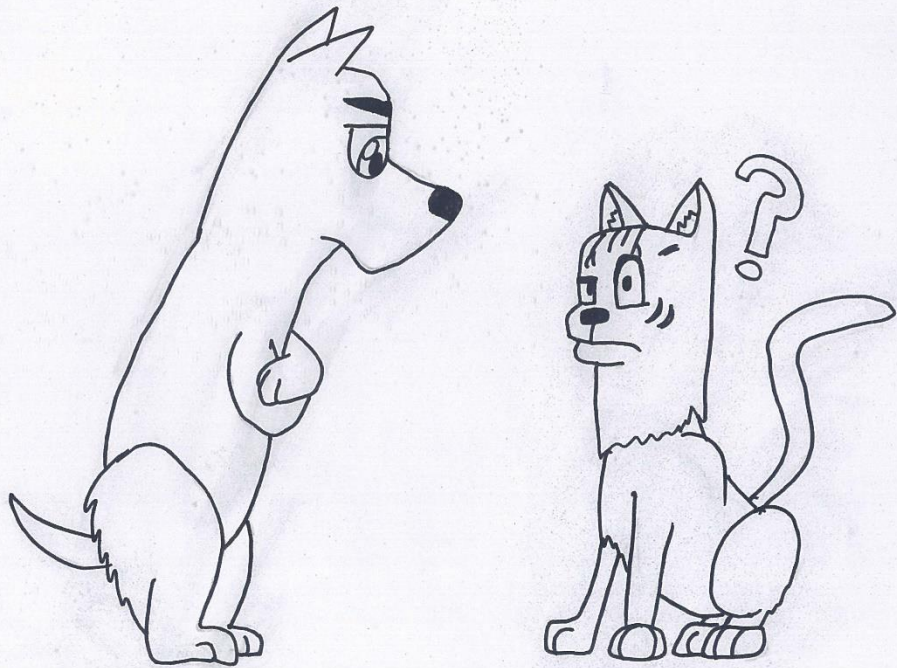
—Pues yo me escondo en el closet del señor, y meto mi cabeza en sus zapatos, ahí siento que se eliminan los ruidos —contestó un elegante gato persa, que evidentemente estaba muy consentido.





—Descubrí que casi no lastiman mis oídos si meto todo mi cuerpo en una caja vacía, por eso tengo una escondida en la bodega de trebejos —contestó un gato siamés.

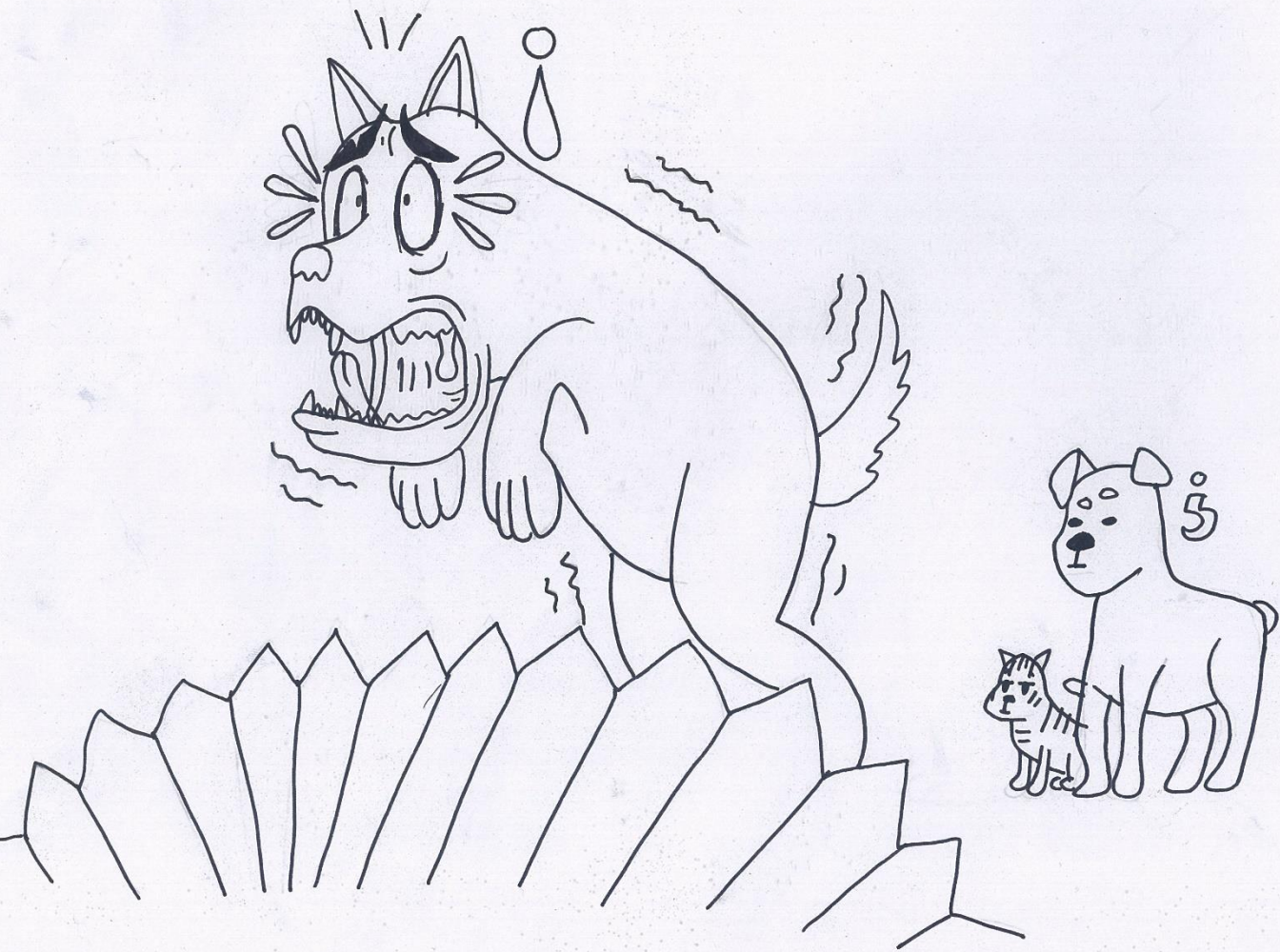
—A mí me divierte ver correr a todas las mascotas cuando truenan los cuetes: huyen cobardemente y no se les vuelve a ver en horas. ¡Qué miedosas son! —comentó un perro dogo, burlándose de todos los presentes y pavoneando su poderoso cuerpo.



Se hizo un tenso silencio entre todas las mascotas presentes, como de vergüenza colectiva. Tras unos segundos, Micrón fue el único que se animó a preguntarle:

—¿Y cómo le haces tú para aguantarte sin tener que correr a esconderte?

—Pues yo...—empezaba a contestar el dogo, cuando volvieron a tronar unos ensordecedores cuetes, con tal fuerza que, según aseguran todas las mascotas presentes, el primero que corrió huyendo fue el dogo, saltando una enorme barda para esconderse. ¡Jamás lo habían visto saltar tan alto! Lo mismo hizo el gigante Rotón, y el resto de las mascotas reunidas, cada una tomó el camino que creyó más corto para protegerse de la ronda vespertina de cuetes, que los cófrades prendían celebrando la fiesta de Santa Cecilia, patrona de los músicos.



Al día siguiente, Micrón fue a buscar otra vez a las demás mascotas con las que habían conversado sobre cómo protegerse de los cuetes, y uno a uno se desternillaba de risa con sólo recordar que el primero en huir —¡y de qué manera!—, había sido el dogo. Micrón entonces comentó:

—Ese machín, no saldrá a pasear durante semanas por la colonia, bien debe saber que le vamos a preguntar cómo huyen las mascotas al tronar los cuetes, y que él no tendrá ninguna respuesta. No cabe de vergüenza por mentiroso.

FIN

¡Ilumíname!

Otros cuentos infantiles del autor se encuentran gratuitamente en el blog:

miguelangelizquierdos.wordpress.com

Desde ahí se pueden bajar y reproducir, siempre y cuando se den los créditos a sus autores.

